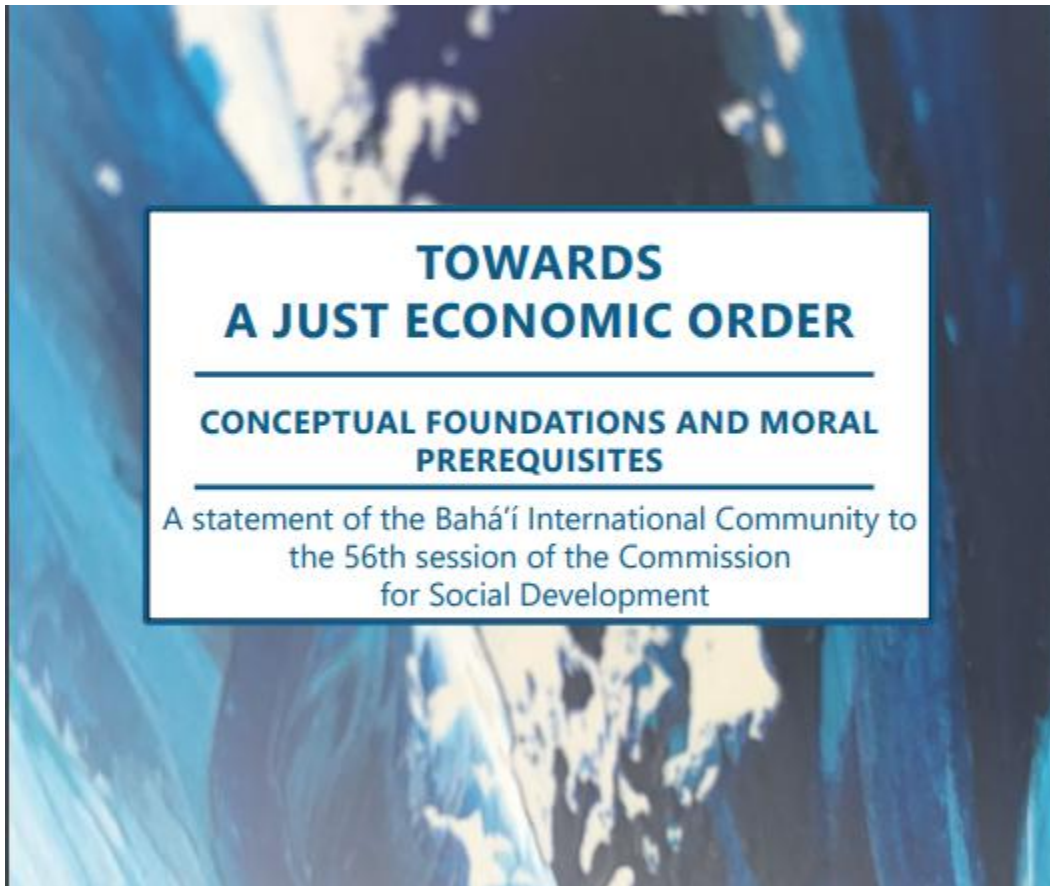


Hacia un orden económico justo



Erradicar la pobreza es construir el mundo de nuevo – económicamente, pero también moral, cultural y socialmente. Un mundo sin pobreza, sus comunidades y patrones de vida, se parecería muy poco al que nos rodea hoy. El trabajo de la Comisión de "erradicar la pobreza para lograr el desarrollo sostenible para todos", por lo tanto, no es simplemente una cuestión de ampliar el acceso a los recursos materiales por más desafiante que pueda ser. Más bien, es un esfuerzo de transformación estructural y social en escalas nunca antes intentadas. Y la magnitud de este trabajo exige nuevas formas de entender a los seres humanos de manera individual y a la sociedad en conjunto.

Los modelos conceptuales de lo que es normal, natural y posible ejercen una poderosa influencia en el comportamiento personal. Por ejemplo, los individuos tienden a tomar decisiones menos generosas cuánto más están expuestos a los cálculos egocéntricos inherentes en la teoría económica clásica. Dichos modelos también forman las estructuras de la sociedad, privilegiando

ciertos tipos de valores sobre otros y moldeando formas de ver, comprender y acercarse al mundo. Los modelos que empleamos, por lo tanto, son de crucial importancia.

Algunos ayudan a liberar potencial latente, confieren una mayor claridad de pensamiento, iluminan los caminos inesperados y facilitan la acción constructiva. Otros distorsionan, limitan y confunden.

La humanidad ha empleado incontables modelos conceptuales a lo largo de su historia, sus varios elementos contribuyen al progreso en algunas situaciones y estorban en otras. Pero independientemente de lo que ha sucedido antes, está claro que el cambio transformacional requerido hoy exige nuevos puntos de vista desde los cuales explorar desafíos, evaluar realidades e imaginar soluciones. Debemos estar preparados por lo tanto, para evaluar – y si es necesario, revisar – las suposiciones que han dado forma al orden y las estructuras internacionales actuales de la sociedad.

Considerar, por ejemplo, la creencia de que la humanidad es inherentemente contenciosa y el conflicto es inevitable. Ese comportamiento humano está impulsado principalmente por el interés propio, y la prosperidad, por lo tanto, debe basarse en la búsqueda de la ventaja personal. Que el bienestar de los grupos o las naciones se puede entender de manera significativa por sí mismo, desconectado y aislado del bienestar de la humanidad como un todo. Que el mundo contemporáneo se caracteriza por una falta fundamental de recursos humanos y materiales, en lugar de una abundancia de ellos.

Nociones como estas, implícitas y no habladas en muchos casos, quedan en gran medida sin ser cuestionadas en el discurso contemporáneo. Pero sus consecuencias en el mundo real son realmente importantes de hecho. ¿Puede la creencia de que los seres humanos son inherentemente egoístas ser cualquier cosa menos destructiva cuando se aplica en contextos como la comunidad, la familia o la escuela? ¿Puede una comprensión de la economía basada en la presunción de que los individuos o grupos obtengan ventaja sobre otros conducir a todo menos a que las condiciones gravemente desiguales se multipliquen por todos lados? Alternativamente, ¿cómo se verían las estructuras económicas globales si se entendiera que la colaboración es un motor de desarrollo más poderoso que la competencia? ¿Cómo se abordarían los extremos de la pobreza y los excesos de la riqueza si se entendiera realmente que el bien del individuo es inseparable del bien del conjunto? ¿Qué políticas se promulgarían si las prioridades del gobierno estuvieran conformadas principalmente por los intereses de la ciudadanía en general, y no por las preferencias de unos pocos elegidos con acceso privilegiado a los pasillos del poder?

Dado el ritmo sin precedentes de la transición en la era actual, la Comunidad Internacional Bahá'í hace un llamamiento a los Estados Miembros y otros miembros de la Comisión de Desarrollo Social (Commission for Social Development) para que inicien una profunda reevaluación de las

suposiciones en las que descansan las iniciativas de desarrollo. Se deben hacer esfuerzos para asegurar que las políticas emprendidas por la Comunidad Internacional estén en consonancia con los valores que abraza, que las proposiciones que se toman como hechos establecidos, sigan siendo válidas a la luz de las realidades globales emergentes, que los axiomas proclamados en foros mundiales son consistentes con la evidencia encontrada en el campo. Considerar, por ejemplo, la desconexión entre una época en la que innumerables aspectos de la vida diaria se ven afectados por la profunda interdependencia global, por un lado, y por el otro, pronunciamientos desde los niveles más altos de que el bienestar se busca mejor a través de la búsqueda de estrecho interés nacional. Igualmente contradictorio es la suposición de que la competencia sin restricciones podría ser compatible con la "asociación de colaboración" y el "espíritu de solidaridad mundial fortalecido" previsto en la Agenda 2030 para el Desarrollo Sostenible y otras iniciativas de las Naciones Unidas. Estos son problemas de importancia crítica. El progreso continuo requiere una mayor claridad y profundidad de comprensión sobre nosotros mismos y las condiciones que nos rodean. Sólo en la medida en que nuestro mapa mental del mundo sea preciso podemos esperar trazar un rumbo verdadero hacia un futuro mejor.

Una reevaluación sistemática de este tipo involucraría a actores de muchos tipos, dentro de las Naciones Unidas y más allá. Los académicos podrían investigar los fundamentos de los modelos actuales y los beneficios y riesgos de las alternativas – por ejemplo, los modelos económicos en los que la prosperidad es definida de forma más amplia y ya no se consideran producto de producción y consumo únicamente. Los encargados de formular políticas y los árbitros de asuntos en todos los niveles podrían examinar las presunciones que subyacen a las políticas actuales y evaluar la posibilidad de consecuencias no intencionadas – por ejemplo, si los supuestos de conflicto en la naturaleza humana podrían perpetuar inadvertidamente esos mismos patrones de hostilidad. Los profesionales pueden evaluar si los procedimientos y enfoques operativos son contrarios a los valores de la organización, lo que refuerza las percepciones de la otredad y socava un compromiso declarado de una asociación igualitaria con las comunidades locales.

¿Cómo sería el replanteamiento de dicho discurso en la práctica? Considere la notable falta de recursos mencionada anteriormente. Los datos demuestran claramente que el nuestro es un mundo de abundancia, al menos en conjunto. El PIB global per cápita, por ejemplo, se situó en \$ 16,143 en 2016 – una cifra que representaría un gran aumento en los recursos monetarios para la mayoría de las personas del mundo. Similarmente, se producen alimentos más que suficientes para alimentar a la humanidad en la actualidad. Estas no son noticias o nuevas observaciones. Sin embargo, innumerables discusiones comienzan y terminan con una aparente falta de fondos o suministros, en lugar de una exploración de por qué los vastos recursos disponibles para la raza humana se utilizan como son en la actualidad.

Muchas organizaciones y personas indudablemente carecen de los recursos que sienten que necesitan. Sin embargo, a nivel sistémico, la suposición de que "no hay suficiente dinero" malinterpreta fundamentalmente las realidades relevantes del mundo. Los recursos financieros se están concentrando cada vez más en ciertos segmentos de la sociedad, generando extremos desmesurados de riqueza y profundidades imperdonables de pobreza. Realidades como estas son incompatibles con los ideales de justicia, equidad y dignidad a los que se ha comprometido la comunidad global. Además de las consideraciones morales, estas dinámicas pueden ser altamente desestabilizadoras y corrosivas para el tejido social, y representan un peligro claro y tangible para la sociedad. Sin embargo, el peor de sus efectos puede mejorarse mediante ajustes a nivel de políticas y prácticas, y todos los actores -gobiernos, empresas, ciudadanos- deben reconocer su responsabilidad en este sentido. El desafío, entonces, no es la escasez, sino las elecciones y valores que deben informar la asignación de recursos.

Este ejemplo y otros similares demuestran la necesidad de identificar las premisas subyacentes a los enfoques, y de explorar conscientemente cómo mejoran u obstaculizan los esfuerzos. Igualmente importante es la capacidad de articular los principios que los procedimientos y sistemas actuales deberían traducirse en realidades sobre el terreno. Que la raza humana es un todo interdependiente; que las mujeres y los hombres son inherentemente iguales; que la fuerza debe ser hecha sierva de la justicia; que la veracidad es la base de la integridad personal y del progreso social duradero – si se trata de proposiciones en las que creemos, nuestras organizaciones y esfuerzos deben reflejarlas y encarnarlas cada vez más en todos los niveles.

A lo que estamos siendo llamados a es a un repaso del marco de la Comunidad Internacional para el pensamiento y la acción colectiva. Tal esfuerzo no puede limitarse a una iniciativa de una sola vez, para que sea efectivo. Más bien, será necesaria una reflexión profunda, entrelazada con el funcionamiento continuo de todo el sistema de las Naciones Unidas. Se realizaron progresos notables en el transcurso de los Objetivos de Desarrollo del Milenio; los Objetivos de Desarrollo Sostenible exigen una visión aún más amplia y un pensamiento más creativo. Es hora, entonces, de reevaluar las creencias fundamentales sobre nosotros mismos, la naturaleza de nuestras relaciones y las realidades que configuran el mundo en el que vivimos. Sólo de esta manera se pueden establecer las bases para un progreso verdadero y sostenible.